

butarán un homenaje forzoso á las santas leyes de la justicia.»

Estas palabras fueron un rayo de luz para la razon del viajero. Todo se explica, todo se revela á sus ojos. Bendice la sabiduría del soberano de quien ha recibido los beneficios de la hospitalidad, é igualmente consolado de lo pasado que tranquilizado acerca del porvenir, se adelanta hácia el término de su viaje. Ya vislumbra sin temor el peristilo del segundo palacio, cuya arquitectura, de un estilo algo austero, se contornea en una lontananza vaporosa. Colocada bajo la mano de un amo que le debe proteccion y justicia, se dormirá con confianza en todas partes. Le han visto y esto basta.

(KERATRY.)

Respeto á la religion y á sus ministros.

Rodolfo de Habsburgo, el mismo que fué despues emperador, iba un dia de caza por la selva, montado en un soberbio alazan, seguido de su escudero, que llevaba sus azagayas. Al llegar á una pradera, oye el toque de una campanilla, vuelve la cabeza y ve á un anciano sacerdote que, precedido de otro clérigo, llevaba en sus manos la hostia consagrada. Rodolfo se descubre con el mayor respeto.

Por la pradera corria un torrente que, aumentado por las lluvias, detenia los pasos de los viajeros. El sacerdote se descalza al punto para atravesar el agua helada del torrente: «¿Qué vais á hacer?» grita Rodolfo dirigiéndose á él.

— Voy corriendo á ver á un moribundo que aguarda llorando este pasto celestial; el puente por donde se pasaba este rio ha sido arrebatado por la corriente, mas no por eso se ha de privar á un moribundo de la salvacion de su alma; voy á pasar el rio descalzo.»

Rodolfo no quiere ni puede consentir que aquel venerable anciano se esponga de este modo, y apeándose de su

caballo, pone la brida en manos del sacerdote. El santo varon pudo cumplir así con un deber sagrado, y llevar al desconsolado moribundo el pasto espiritual que tanto ansiaba.

El futuro emperador de Alemania regresó á su palacio muy satisfecho de haber renunciado al placer de la caza por un acto tan piadoso como humanitario.

§ III. MUERTE CRISTIANA.

Trata de vivir de tal modo, que si te sorprende la muerte, te halle siempre prevenido. (*Imitacion de J. C.*)

El que desempeña bien sus obligaciones, se prepara cada dia á la muerte y puede verla sin terror.

La hora llega, y el tiempo ha cesado para el justo que va á pedir á Dios su galardón. Es un hijo que estaba viajando y que regresa al lado de su padre. (*Curso de moral.*)

Nada turba sus últimos momentos; es como la tarde de un hermoso dia. (*LA FONTAINE.*)

El homicidio de sí mismo, que se llama suicidio, es un crimen tanto mayor, cuanto implica la impenitencia final. (*Teología cristiana.*)

Un soldado no puede, sin cubrirse de vergüenza y sin cometer un crimen, abandonar el puesto donde le han colocado sus jefes. ¿Crées tú, por ventura, que tienes derecho para abandonar, sin orden de Dios, el puesto de la vida que Dios te ha confiado? (*Moralistas antiguos.*)

Cuadro de la muerte del justo.

Venid á ver el espectáculo mas hermoso que pueda presentar la tierra; venid á ver morir al fiel. Un sacerdote le consuela, sentado á la cabecera de su cama; este santo varon habla con el moribundo sobre la inmortalidad del alma, y la escena sublime que toda la antigüedad no presenció mas que una sola vez, en el primero de sus filósofos moribundos¹, se renueva ahora cada dia en el humilde lecho del último de los cristianos que expira.

Llega el momento supremo. Un sacramento ha abierto

1. Alusion á la muerte de Sócrates, célebre filósofo ateniense.

á este justo las puertas del mundo, y un sacramento va á cerrárselas. La religion le meció en la cuna de la vida, y sus hermosos cantos y la mano maternal le adormecerán ahora en la cuna de la muerte.

Ella prepara el bautismo de este segundo nacimiento, pero no es el agua lo que escoge ahora, sino el aceite, emblema de la incorruptibilidad celeste. El sacramento libertador rompe casi todos los lazos del fiel; su alma, medio desprendida del cuerpo, se muestra casi visiblemente en su semblante. Ya oye los conciertos de los serafines, ya está próximo á dirigir su vuelo hácia las regiones donde le llama esa esperanza divina, hija de la virtud y de la muerte. Sin embargo, el ángel de paz, descendiendo sobre este justo, toca con su cetro de oro sus amortiguados ojos y los cierra deliciosamente á la luz. Muere, y no se ha oído su último suspiro; muere, y mucho tiempo despues que ya no existe, sus amigos yacen silenciosos alrededor de su cama, pues creen que está durmiendo aún. ¡Tal es la dulzura con que ha pasado á mejor vida este cristiano! (CHATEAUBRIAND.)

Los mártires del Cristianismo.

La piedad de los primeros cristianos era tan pura y tan ferviente, que nunca nos cansamos de admirarla. Gracias al influjo de sus ejemplos y tambien al de su doctrina, las tinieblas de la idolatría se disiparon en ménos de tres siglos, y el culto del verdadero Dios se restableció en todo el universo.

Suscitáronse numerosas persecuciones contra la Iglesia naciente, y los fieles no opusieron á la tiranía mas armas que la paciencia y la constancia; el exceso de la injusticia no les incitó jamas á la rebelion, pero tampoco pudieron entibiarse su fe los suplicios mas crueles.

No puede calcularse el número de aquellos héroes que, desafiando unos tormentos, cuya sola idea hace estremecer, recibieron con santo regocijo la corona del martirio.

El primero de los mártires fué el apóstol san Estéban, á quien llevaron arrastrando hasta fuera de Jerusalem, para matarle á pedradas¹. Las únicas palabras que pronunció fueron para rogar á Dios que perdonase á sus verdugos. « ¡Dios mio! dijo, no les imputeis este pecado! »

Algunos años despues² el apóstol Santiago fué delatado como cristiano y condenado á morir bajo la cuchilla. Al ir al suplicio, lleno de valor y de esperanza, le detuvo un instante un hombre, que, echándose á sus piés y anegado en lágrimas, le suplicó que le perdonase: este hombre era su delator. El apóstol le hace levantar, le abraza y le dice: « Sí, yo te perdono, pues tu arrepentimiento borra tu culpa. ¡Bendito seas! ¡Dígnese Aquel con quien voy á reunirme en el cielo iluminarte con su luz! »

Tales eran los sentimientos de que estaban animados todos aquellos generosos defensores de la fe, que durante tres siglos sellaron con su sangre la verdad del Evangelio. ¡Amor inmenso á Dios! ¡Caridad inagotable para todos los hombres!

Entre el sinnúmero de ejemplos, á cual mas interesante, citaremos solo los de san Arcadio, santa Perpetua y santa Justina.

Durante una violenta persecucion contra los cristianos, abandonó Arcadio su casa y fué á ocultarse en una profunda soledad, donde servia á Dios en el silencio. Sus perseguidores entraron en su casa y hallaron á uno de sus amigos, que era al propio tiempo un pariente cercano suyo, á quien prendieron y sepultaron en una cárcel, declarándole que no saldria de allí hasta que descubriese el lugar donde se habia ocultado Arcadio. Sabedor éste de tal acontecimiento, salió al momento de su retiro y fué á presentarse al gobernador. « Si es por mí, le dijo, por quien teneis preso á mi pariente, vengo á entregarme para que le solteis y dispongais de mi suerte. »

El gobernador hizo poner en libertad al prisionero, y se

valió de toda clase de medios para que Arcadio se decidiese á sacrificar á los ídolos; pero habiendo rechazado él las seducciones y amenazas, sufrió por fin el martirio de la fe cristiana y de la amistad.



Martirio de santa Justina.

Santa Perpetua ha descrito, por sí misma, la persecucion que padeció hasta la víspera de su muerte. En esta relacion tan tierna como sencilla, nos refiere que recibió el bautismo á escordidas de su padre, el cual hizo los mayores esfuerzos para disuadirla de las verdades que él ignoraba. La santa tenia entónces un niño, que alimentaba con su seno, y hé aquí como nos refiere lo que pasó:

« A los pocos dias de haber recibido el bautismo, nos

pusieron en la cárcel. Asustéme, al principio, porque no habia visto nunca tantas tinieblas, y padecia aun mas por mi hijo que por mí; pero fortalecíme pronto, y la cárcel volvióse un palacio para mí, porque me consideraba feliz al padecer por la fe. Propagóse pronto la voz de que íbamos á ser juzgados: mi padre vino á verme, y con el corazón traspasado de dolor, me dijo: « ¡ Hija mia! compadécete de mis canas, ten piedad de tu pobre padre. » Me hallaba yo misma penetrada del dolor que agobiaba á mi padre, y lloraba con él, pero Dios me daba fuerza. Traté de consolarle, diciéndole: « ¡ Padre! venga lo que Dios quiera, y estad persuadido que no estamos bajo nuestro dominio, sino en poder suyo. » Quitóme entónces á mi hijo y se lo llevó. Al siguiente dia vinieron por nosotros para juzgarnos, y luego nos llevaron á la plaza pública, donde acudió en tropel la muchedumbre, por haberse divulgado por los barrios vecinos la noticia de nuestro suplicio.

« Se empezó por interrogar á otros, y declararon todos que perseveraban en la fe: llegó mi turno y se me presentó instantáneamente mi padre, llevando en brazos á mi hijó, y suplicándome que tuviese piedad de aquella inocente criatura. Esta escena me traspasó el corazón. Acercóse luego á mí el juez, y me dijo: « ¡ Respetad la vejez de vuestro padre! ¡ Compadeceos de la infancia de vuestro hijo! ¡ Haced sacrificio á los dioses! — No, respondí yo con resolucion; soy cristiana. » Mandó entónces el juez que me sacasen de allí, y queriendo oponerse mi padre, recibió un varazo, cuyo golpe me llegó al alma, como si lo hubiese recibido yo; lloré amargamente al ver que por mí maltrataban de este modo á mi anciano padre. Pocos momentos despues se nos dictó la sentencia que nos condenaba á ser arrojados á las fieras, y volvimos á la cárcel alabando al Señor!»

Santa Perpetua termina su narracion en los términos siguientes: « Hé ahí lo que hice hasta la víspera del espectáculo¹. Otro escribirá, si quiere, lo que sucedió despues.»

1. La ejecucion de la sentencia.

¡Qué valor brilla en esta relacion! ¡Qué angelical dulzura, y qué heroica tranquilidad!

Muerte de San Luis.

Luis IX¹ fué á sitiar á Túnez. En aquel entónces invadió el contagio á su ejército, extenuado ya por continuos combates y devorado por el sol de Africa.

Se esperaba á Cárlos de Anjou, hermano del rey, con tropas y víveres, pero éste no llegaba.

El rey habia visto ya expirar en sus brazos á uno de sus hijos, y él mismo, acometido del contagio, sintió desde el primer momento que el golpe era mortal. Sin embargo, procuraba disimular el mal y ocultar el dolor que le agobiaba por la pérdida de su hijo, yendo con la muerte grabada en la frente, á visitar los hospitales, á velar por la seguridad del campo, y á presentar al enemigo un semblante intrépido y sereno. Veíasele tambien á veces sentado delante de su tienda, hacer justicia á sus súbditos, como solia hacerlo bajo la encina de Vincennes².

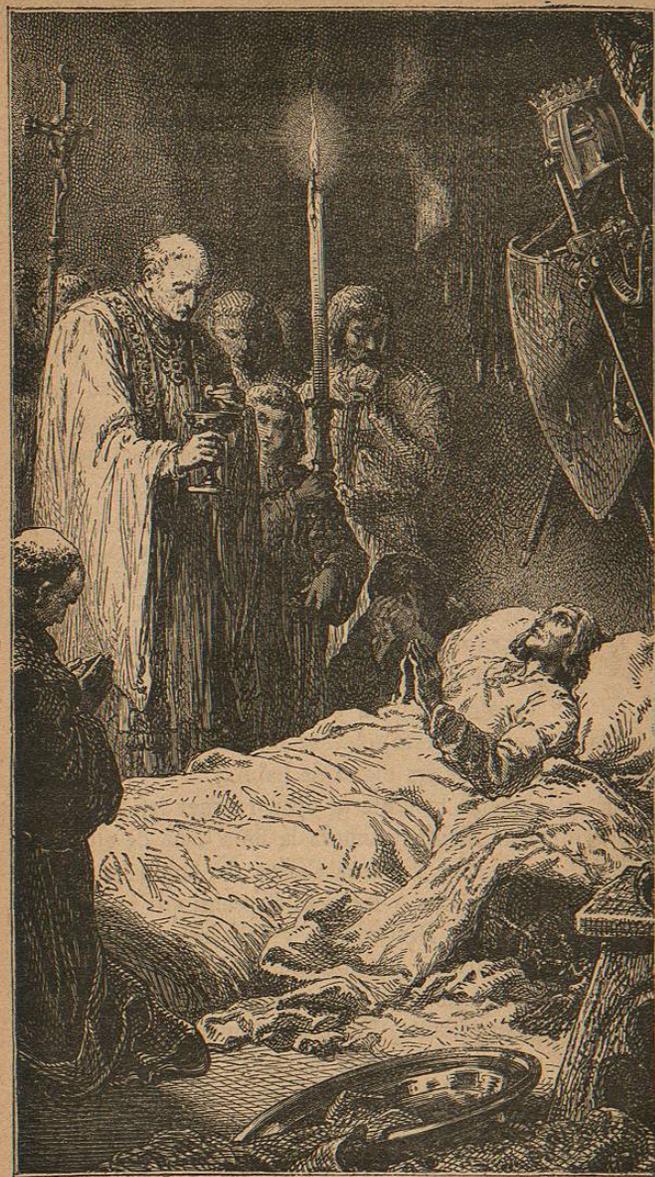
Felipe³, primogénito y sucesor de Luis, no se separaba ni un momento de su padre, viéndole próximo á bajar al sepulcro. El rey se vió, por último, obligado á no salir de su tienda, y no pudiendo entónces ser ya útil á sus pueblos por sí mismo, procuró á lo ménos asegurarles la dicha futura, haciendo á Felipe tiernas recomendaciones que ha conservado la historia y que son los mejores consejos que puedan darse á los gobernantes de los pueblos. Escribió esta instruccion en su lecho de muerte y un antiguo autor ha visto un manuscrito que, segun las apariencias, es el original; la letra era grande, pero, alterada y anunciaba la debilidad de la mano que habia trazado la expresion de un alma tan fuerte.

1. Luis IX ó San Luis, rey de Francia, modelo de reyes y cristianos.

2. San Luis solia hacer justicia por sí mismo sentado bajo una encina en el bosque de Vincennes, cerca de

Paris.

3. Rey de Francia desde 1270 hasta 1283, bajo el nombre de Felipe el atrevido ó Felipe III.



Muerte de san Luis,

Como la enfermedad iba agravándose, Luis pidió la extrema-uncion, respondiendo á las oraciones de los agonizantes con voz tan firme como si hubiese dado órdenes en un campo de batalla. Arrodillóse á los piés de su cama para recibir el santo viático y hubo que sostenerle de los brazos, para que pudiese recibir esta última comunión. Desde aquel momento puso término á los pensamientos mundanos y se consideró como exento de toda obligacion con sus pueblos. ¿Y qué monarca desempeñó jamas sus deberes mejor que él? El lunes por la mañana, 25 de agosto, sintiendo que se acercaba su hora, mandó que le pusiesen en un lecho de cenizas, donde permaneció tendido con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos levantados al cielo.

El campo de los franceses ofrecia la imágen del mas acerbo dolor: no se oia el mas mínimo rumor y los soldados moribundos salian de los hospitales, reanimándose para poder acercarse á su rey agonizante. En fin, á las tres de la tarde, poco mas ó ménos, exhaló el rey un gran suspiro y pronunció distintamente estas palabras: « Señor, entraré en vuestra mansion y os adoraré en vuestro santo templo; » y al decir esto, elevóse en efecto su alma hácia el santo templo que era digna de habitar.

En aquel mismo instante se oyen resonar las trompetas de las tropas de Sicilia y aborda la flota llena de alegría y de inútiles socorros. Extraña Cárlos de Anjou que nadie responda á sus señales, y empieza á recelar que haya sucedido una desgracia. Desembarca y ve á los centinelas con la lanza á la funerala, patentizando ménos su dolor con esta demostracion de luto militar, que con el abatimiento pintado en su semblante. Vuela á la tienda de su hermano y halla su cadáver tendido en la ceniza. Arrójase á aquellas sagradas reliquias, las riegas con sus lágrimas, besa con respeto los piés del santo y da las señales mas vivas de ternura y de dolor. El rostro de Luis tenia aun todos los colores de la vida y hasta sus labios estaban encarnados.

Francia, que no podia consolarse de haber perdido semejante monarca en la tierra, le declaró su protector en el cielo, y colocado Luis en la categoría de los santos, ha sido desde entónces un rey eterno para la patria.

(CHATEAUBRIAND.)

Últimos momentos de un anciano.

Hé aquí como describe Bossuet los últimos momentos de un anciano piadoso.

¿Qué estoy viendo aquí? La fe sincera que por un lado no se cansa de sufrir, verdadero carácter de un cristiano, y por otro no procura mas que desembarazarse de sus tinieblas y transformarse en luz pura y en clara vision, desvaneciéndose la nube que la cubre. ¡Feliz momento aquel en que saldremos de las sombras y enigmas para ver la verdad manifiesta! Corramos con ardor, apresurémonos á purificar nuestro corazon para ver á Dios segun la promesa del Evangelio. ¡Momento feliz! No es cristiano quien no le desea. Despues que el Espíritu Santo hubo inspirado este piadoso deseo en el ánimo de este anciano lleno de fe, ¿qué le falta ya sino ir á disfrutar del objeto que ama? Próximo á exhalar su alma, empieza así el himno de las divinas misericordias: « Yo cantaré eternamente las misericordias del Señor. » Al pronunciar estas palabras expira y continúa el sagrado cántico con los ángeles.

Crímen y locura.

Algunos filósofos de la antigüedad osaron hacer la apología del suicidio, y sin embargo, nadie ha podido legitimar este momento de desesperacion.

El suicidio es un acto de rebelion contra Dios, y por consiguiente, un horrendo crímen.

Los que quieren legitimarle dicen que no hay culpa cuando no se hace daño á los demas.

¡Qué raciocinio tan falso! Hay siempre culpa cuando se

viola la ley de Dios, resulte ó no perjuicio ageno. El crimen está en la misma rebelion y no en las consecuencias que esta pueda tener.

Pero es falso decir que no se daña á otro con esta accion criminal, porque el ejemplo que se da produce siempre un mal inmenso en la sociedad.

El desgraciado que se deja arrastrar á este acto de desesperacion, dice : « Hago mal, lo conozco, convengo en ello, pero Dios es misericordioso y me perdonará. »

¡Qué abominable error! Sí; la misericordia de Dios es infinita; pero hacer voluntariamente y á sabiendas lo que es contrario á su ley, y volverse criminal contando de antemano con el perdon, es hacerse indigno de él.

« Pero yo no puedo soportar la vida, añade el pecador; soy excusable si me libero de su peso. »

¡Error y mentira! Se le puede responder : « Decid que no quereis, y nó que no podeis. Sean cuales fueren vuestras penas os es siempre mas fácil emplear vuestra fuerza moral en soportarlas, que abusar de esta misma fuerza para volver contra vos mismo una mano criminal. »

Proposicion impía, piadosa negativa.

Un hombre de ilustre nacimiento fué injustamente condenado á muerte por causas políticas. Miétras aguardaba la hora del suplicio, un pariente suyo obtuvo permiso para verle en su prision y le dijo : « Vengo, querido amigo, á darte una prueba postrera de mi amistad. No, tú no morirás en un cadalso ignominioso, pues he hallado el medio de preservarte de él. Toma lo que te doy. »

Diciendo esto, le presenta un veneno y añade : « Mira, hé aquí un socorro que en la antigüedad libertó á tantos filósofos de la furia de los tiranos.

¡Oh, amigo mio! respondió el reo, ¿qué te atreves á proponerme? ¿Olvidas acaso que soy cristiano y que no tengo derecho alguno sobre mi vida? ¿Cómo osaria comparecer ante Dios, despues de haber cometido semejante crimen? »

— ¿Has reflexionado en lo ignominioso que es el subir á un cadalso público? añadió el amigo.

— La ignominia consiste en violar las leyes de Dios, y el honor en observarlas. Me rebelaria contra esta santa ley si me sustrajese, por medio de un crimen, á la pública desgracia que me está reservada. Me hablas de los filósofos de la antigüedad que elevaban su alma por la contemplacion de sus propias fuerzas; pero los cristianos tienen un testigo ante el cual han de vivir y morir. Los filósofos collocaban el suicidio en la categoría de las cosas permitidas, sustrayéndose por él al poder de los opresores; pero la fe cristiana le abomina y solo estima la abnegacion que nos somete á la voluntad de la Providencia. »

Abrazóle entónces su amigo derramando abundantes lágrimas : « Te agradezco, le dice, esta última leccion que acaba de darme tu virtud : olvida, te ruego, la desgraciada proposicion que he tenido la debilidad de hacerte. Ignoro si á mi vez tendré motivos para quejarme de la injusticia de los hombres; pero lo que te prometo al despedirme de tí, es que no quebrantaré nunca voluntariamente la ley de Dios. »

Último presente de una hermana.

Una señora, moribunda en la flor de la edad, envió á su hermana, como don, un ejemplar del Nuevo Testamento de que tenia costumbre de servirse, y al mismo tiempo esta carta :

« Hermana mia, querida Catalina, te envio un libro cuyo exterior no está enriquecido con dorados, pero cuyo interior es infinitamente superior al oro y piedras preciosas : es el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. Si le lees con ánimo dócil y humilde, él te conducirá á la única felicidad digna de este nombre, al goce de la vida eterna, y te enseñará á vivir y á morir bien. Adquirirás, por él, riquezas que ningun hombre podrá arrebatarte. Pide con ardor, como David, la inteligencia de esta santa ley y la